Para que ningún ser humano sea golpeado jamás

Ma. Elena García

Es más fácil dividir un átomo que destruir un prejuicio.
Alberto Einstein

Hablar de violencia casi siempre es violento... la angustia puede hacer presa de quien hace uso de la palabra y también de quienes escuchan; pero ni modo... la violencia existe y es preciso intensificar los esfuerzos para atenuarla, para desarticularla, para dejarla atrás y así poder construir nuevas esperanzas. Al finalizar el milenio ésa será sin duda nuestra mejor herencia para las futuras generaciones.[1]

Este ensayo está dividido en tres partes. En la primera hablaré de la violencia pública y privada, luego haré mención de algunas causas y consecuencias de la violencia intrafamiliar, para finalmente presentar alternativas que urge concretar.

Dos escenarios, un solo origen

Cuando inicié la elaboración de este ensayo miles de imágenes se arremolinaron en mi pensamiento. Con gran velocidad cruzaron por mi mente los rostros de la guerra. Ayer fue Irak, antes Vietnam, hoy son los Balcanes, mañana... ¿quién seguirá?

Imágenes de hombres, mujeres, niños, niñas, con miradas interrogantes, tristes y azoradas; mirando sin mirar, ya sea las ruinas de lo que fue su hogar, ya sea hacia un horizonte inexistente, como inexistente es su futuro en manos de quienes —llámese OTAN, Estados Unidos o Milosevic—, detentan el poder para destruir. Interminables filas de kosovares desplazados serpentean sin rumbo, en busca de un refugio en el que finalmente por "equivocación", acabarán fulminados por misiles irónicamente llamados "inteligentes".



Cuerpos húmedos y tiritando de frío, cuyos pies se hunden en el lodo, me recuerdan a otros perseguidos, a otros desplazados por la guerra; ésta es de baja intensidad, pero igualmente atroz; en ella no se usan misiles sino fusiles. Son los desplazados del sureste de nuestro país, los tojolobales, tzotziles, tzetales, quienes siendo dueños ancestrales de sus tierras tienen que huir para intentar escapar de la muerte.

Los horrores de la guerra, los campos de concentración, los campamentos de refugiados donde cientos de niños permanecen de pie bajo la pertinaz lluvia donde apenas prueban alimento, los conocemos a través de la prensa, del radio, de la televisión. Los crímenes contra la humanidad perpetrados por Hitler o Pinochet son denunciados públicamente y reciben la condena de millones de personas que se indignan ante la barbarie; sin embargo, los horrores del maltrato cotidiano que se viven dentro de la familia no siempre son reconocidos, e incluso son tolera-

♦♦♦

dos o ignorados bajo el argumento de que pertenecen al mundo privado.

Un inexplicable conglomerado de sinrazones

Tan iguales y tan diferentes, tanto la violencia que se vive en el mundo público como la que se vive en el privado se entremezclan y entrecruzan, tienen el mismo origen; florecen al amparo de similar impunidad, se retroalimentan; van y vienen sin que lleguemos a saber si las guerras entre pueblos surgen y se retratan en las guerras entre familiares, o si éstas originan las matanzas de adolescentes en las secundarias estadounidenses o el acoso sexual en los centros de trabajo, la persecución y posterior asesinato, como el de las 187 trabajadoras de las maquiladoras asentadas en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Así como la guerra destroza y mutila cuerpos, la violencia intrafamiliar destruye paulatinamente el cuerpo y la mente de quienes viven bajo el mismo techo.

La pintura, el teatro, la poesía, suelen ser un medio para denunciar la violencia. Así Goya plasmó los horrores de la guerra de independencia por medio de su obra *Los fusilamientos*; así surgió *Guernica* del célebre Picasso; así, nuestra inolvidable Elena Garro escribió *El rastro*, obra de teatro dura, fuerte y conmovedora, como Rulfo nos entregó *Talpa*, cuento que retrata a carta cabal una de tantas formas de la violencia que sucede entre los integrantes de una familia.

En 1989, el periodista y poeta uruguayo Eduardo Galeano escribió el siguiente poema.

La cultura del terror

La extorsión
el insulto
la amenaza
el coscorrón
la bofetada
la paliza
el azote
el cuarto oscuro
la ducha helada
el ayuno obligatorio
la comida obligatoria
la prohibición de salir
la prohibición de decir lo que se piensa
la prohibición de hacer lo que sienta
y la humillación pública,
son algunos de los métodos de penitencia y tortura tradicionales en la vida de la familia.
Para castigo de la desobediencia y escarmiento de la libertad, la tradición familiar perpetúa una cultura del terror que humilla a la mujer, enseña a los hijos a mentir y contagia la peste del miedo. Los derechos humanos tendrían que empezar por casa...[2]



Al escuchar el poema de Eduardo Galeano tal vez nos quede el consuelo de que Uruguay está allá a miles de kilómetros de nuestra tierra, allá en el cono sur del continente; sin embargo, y por desgracia, las palabras del poema que antes escuchamos sirven para describir lo que sucede en este bello y aparentemente tranquilo estado de Colima.

Sirven para hacer un retrato de lo que sucede en Tecomán, en donde de acuerdo a lo declarado al periódico *Diario de Colima* el pasado 25 de marzo por la trabajadora social del Departamento de Seguridad Pública, Ma. Guadalupe Cárdenas Sandoval, los casos de maltrato familiar son altos, debido a que gran parte de la población ingiere bebidas alcohólicas y utiliza drogas [...] y muchos jefes de familia bajo el efecto de estos estimulantes golpean a las señoras o a los hijos, por ello es que los detienen.[3]

Lo que Galeano dice es cotidianamente vivido por niños, niñas, mujeres, minusválidos y adultos mayores colimenses. Fue lo que a lo largo de su vida matrimonial le sucedió a María, quien pese al maltrato conservaba un enorme anhelo de vivir, pero que en 1994, al salir de su trabajo en un centro comercial, situado en la cabecera municipal de Villa de Álvarez, le fue arrebatada su existencia por un marido que se negaba a darle el divorcio. Durante los trámites legales, María recibió el apoyo de su familia, por lo que tanto su padre y su hijo adolescente, al percatarse de las constantes amenazas de muerte de que era objeto, decidieron acompañarla al Ministerio Público para denunciar el hecho. El agente en turno hizo poco caso y la tragedia no fue evitada.

♦♦♦

Como podemos darnos cuenta, en Colima, como en cualquier otro lugar del planeta, existe la insensibilidad de quienes teniendo la autoridad para intervenir, dan la espalda o empeoraran el sufrimiento de las que denuncian el maltrato.

Durante años se ha intentado identificar las causas de la violencia intrafamiliar. Para ello se han utilizado modelos médicos, psicológicos, sociológicos, que al presentarse por separado tienden a simplificar un problema, que por estar atravesado por innumerables mitos y estereotipos culturales es extraordinariamente complejo y de difícil comprensión.

Para tratar de explicar la totalidad del fenómeno, a últimas fechas se utiliza el modelo ecológico diseñado por Urie Bronfenbrenner para el estudio del desarrollo humano, en el que se busca no aislar a la persona en estudio de sus entornos naturales. Este modelo postula que la realidad social y cultural están organizadas como un todo articulado, como un sistema compuesto por diferentes sistemas, a saber:

- Un sistema de creencias y estilos de vida en los que la masculinidad se asocia a la fuerza del varón y ésta puede ser utilizada para resolver conflictos, razón por lo que desde la niñez somos testigos del uso constante de actitudes impositivas y competitivas en los intentos por dirimir controversias. Este sistema también postula que los hombres son superiores a las mujeres.
- Un grupo de instituciones mediadoras entre la cultura y lo individual, como la escuela, la iglesia, los medios de comunicación, las instituciones recreativas, los organismos judiciales y de seguridad, en las que por lo general se construyen procesos de socialización que desembocan en una lectura parcial de la realidad y el ejercicio de una doble moralidad, que casi siempre deja en desventaja al género femenino.
- Un conjunto de relaciones cara a cara que constituyen la red vincular más cercana a la persona, y en las que no siempre es fácil la comunicación, por lo que cualquier hecho puede convertirse en el detonante de violencia. Aquí, la familia juega un papel fundamental, pues en ella se educa a las mujeres para hacerles creer que las tareas de salvar y mantener el matrimonio dependen fundamentalmente de ellas y que los errores en la relación de pareja sólo ellas los originan y por lo tanto sólo ellas los deben resolver.
- Las creencias, actitudes, formas de relación antes citadas, se concretan en lo individual, dimensión agregada al modelo ecológico por la doctora Graciela Ferreiro para entender de manera integral el problema de la violencia intrafamiliar.



Por lo general, quienes agreden fueron a su vez objeto de maltrato por parte de su familia durante la niñez, pues la recurrencia de ese tipo de conductas conlleva la normalización de la violencia, al grado de que muchas mujeres no tienen conciencia de que son maltratadas y muchos hombres no comprenden cuando se les señala que su comportamiento causa daño.

Estudios realizados durante los últimos veinte años permitieron identificar una serie de consecuencias en lo social, lo económico y la salud física y mental de quienes viven violencia intrafamiliar, pues como lo señala Florinda Riquet, investigadora de la Universidad Iberoamericana: la violencia, no siendo una enfermedad, guarda relación con el deterioro de la salud, más allá de las lesiones que provoca.[4]

Sin duda, la violencia más difícil de identificar es psicológica, pues como lo menciona Ferreiro, por estar sometidas a estrés y depresión crónicos las personas víctimas de violencia intrafamiliar suelen padecer enfermedades como hipertensión, diabetes,

♦♦♦

migrañas, asma, entre otras.

Por otro lado, el sentimiento de culpa y el deterioro de la autoestima lleva a las mujeres maltratadas a experimentar sensaciones de confusión, temores, angustias, pérdida del sueño, depresión continua, deseos e intentos de suicidio.

Estudios recientes muestran que la mayoría de las mujeres maltratadas son agredidas en presencia de los hijos e hijas, lo que les ocasiona problemas de adaptación, de inseguridad y confianza en sí mismos. Por esa razón, por encargo de la Organización Panamericana de Salud, la investigadora Lore Hensi se ha dedicado al estudio de las repercusiones de la violencia intrafamiliar en los infantes, encontrando que los niños y niñas testigos de este tipo de violencia sufren problemas de salud física y emocional semejantes a los que son víctima de violencia sexual, tales como depresión, agresividad, aislamiento, pesadillas y bajo rendimiento escolar.

Algunos abortos y partos prematuros son también consecuencia de la violencia de género, pues un alto porcentaje de mujeres son golpeadas durante el embarazo.

Algunas alternativas que urge poner en práctica

Uno de los grandes peligros con relación a la violencia es que a fuerza de coexistir con ella nos habituemos a su existencia. Urge tomar medidas emergentes si nos interesa que las futuras generaciones puedan edificar un mundo en el que el poder sea para construir y no para destruir, en donde la fuerza física sirva para apoyar a quienes no la tienen y no para aniquilarlos, en donde los problemas se resuelvan por la vía de la razón y no de la violencia. Urge que aceleremos el cambio de esta cultura. Sólo si hoy iniciamos el cambio se logrará que las nuevas generaciones no sigan repitiendo esa cadena interminable de agresiones.

Es necesario que instituciones como la escuela, la iglesia y la familia se esfuercen por reconstruir el poder solidario, que reafirmen la dignidad y los valores de los seres humanos. Que a nivel individual nos detengamos a reflexionar en qué medida practicamos, fomentamos o solapamos la violencia.

Que la Secretaría de Educación Pública realice un diseño curricular que posibilite el desarrollo y expresión de emociones en los niños y la construcción de la autoconfianza y seguridad en las niñas. Un tipo de educación que no sea fuente de violencia, discriminación e injusticias y contribuya a esclarecer el conflicto entre hombres y mujeres, para que sus relaciones se vuelvan productivas y enriquecedoras.[5]

Urge, pues, intensificar tareas que tiendan a romper esa cadena de agresiones, para que ningún ser humano sea golpeado jamás. ♦

Notas

[1] Lucrecia Ollér. *Para que ningún ser humano sea golpeado*. Ed. Lugar de Mujer, Buenos Aires, Argentina, SIF, publicación realizada con apoyo de UNIFEM.

[2] Eduardo Galeano. "La cultura del terror", en Graciela B. Ferreiro, *Hombres violentos, mujeres maltratadas*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1992.

[3] *Diario de Colima*, 25 de marzo de 1999, nota de Juvenal Martínez Sánchez, p. 7-B.

[4] Florinda Riquert. "Agresión y violencia contra el género femenino: un asunto de salud pública." Trabajo interinstitucional. Universidad Iberoamericana, El Colegio de México y la Universidad Autónoma de México. Mimeo, México, D.F. S.F.

[5] Lore Hensi, *et al. Violencia contra la mujer: la cara oculta de la salud*. Programa Mujer y Desarrollo, Organización Panamericana de la Salud, Washington, D.C. 1994.

